

# Capítulo 1

---

El viento silbaba por el estrecho paso, cortante y frío, atravesando su capa raída. Isabella Vernaducci arrebujó su cuerpo tembloroso en su larga capa revestida de piel y miró con desasosiego las elevadas paredes de piedra que ascendían abruptamente a lado y lado. No era de extrañar que el ejército del *don* jamás hubiera sido derrotado en combate. Imposible escalar aquellas terribles paredes que ascendían como si estuvieran cortadas a pico, como torres que se elevan hacia las nubes.

En su interior Isabella sentía acechar una sombra, la impresión de un peligro. Y esa impresión no había dejado de reforzarse en las últimas horas de viaje. Ocultó la cabeza entre la crin de su montura en un intento por protegerse del viento implacable. Su guía la había abandonado horas atrás, y ahora debía espabilarse ella sola en aquel estrecho y tortuoso sendero. El caballo estaba nervioso, sacudía la cabeza, y saltaba inquieto a un lado y a otro, dando claras muestras de que deseaba echar a correr. Isabella tenía la sensación de que alguna criatura estaba siguiendo sus pasos, fuera de la vista. De vez en cuando oía un gruñido, casi una tos..., un sonido extraño que jamás había oído antes.

Se inclinó hacia delante y susurró con suavidad palabras tranquilizadoras al oído de su montura. Su yegua estaba acostumbrada a ella, confiaba en ella, y aunque su cuerpo voluminoso temblaba, el animal hizo un valiente esfuerzo por avanzar. Partículas heladas salpicaron a

caballo y jinete atravesando la piel como abejas furiosas. El caballo se estremeció y se movió con nerviosismo, pero avanzó estoicamente.

A Isabella la habían avisado en numerosas ocasiones del peligro, de la presencia de bestias salvajes que merodeaban por los Alpes, pero no tenía elección. En algún lugar, allá delante, estaba el único hombre que podía salvar a su hermano. Lo había sacrificado todo para llegar hasta allí y ahora no pensaba echarse atrás. Había vendido todo cuanto tenía de valor para encontrar a ese hombre, había entregado el dinero que le quedaba al guía, y había pasado los dos últimos días sin comer ni dormir. Pero lo único que importaba era encontrar al *don*. No tenía ningún sitio a donde ir; tenía que encontrarlo y conseguir una audiencia con él, por muy escurridizo, por muy peligroso y poderoso que fuera.

Las gentes del *don*, tan leales que se habían negado a ayudarla, le habían advertido que se mantuviera alejada. Sus tierras eran inmensas, vastas sus propiedades. En pueblos y aldeas se hablaba entre susurros de él, el hombre a quien acudían buscando protección, al que temían por encima de todos los demás. Su reputación era leyenda. Letal. De él se decía que era intocable. Los ejércitos que habían intentado avanzar sobre sus propiedades habían quedado sepultados bajo la nieve o por desprendimientos de rocas. Sus enemigos perdían la vida de forma instantánea y brutal. Y, sin embargo, Isabella había persistido a pesar de las advertencias, de los accidentes, del tiempo, a pesar de todos los obstáculos. No pensaba volver atrás por mucho que le aullaran las voces en el viento, por muy gélida que fuera la tormenta. Tenía que ver a ese hombre como fuera.

Isabella miró furiosa al cielo.

—Te encontraré. Tengo que verte —declaró desafiándolo con firmeza—. Soy una Vernaducci. ¡Nosotros nunca nos rendimos!

Aquello era una tontería, pero estaba convencida de que el amo del gran *palazzo* tenía el poder de gobernar incluso el tiempo, y que era él quien estaba arrojando todos aquellos obstáculos en su camino.

Un sonido como de rocas al chocar llamó su atención y giró la cabeza con el ceño fruncido para mirar una de las empinadas pendientes. Unas piedrecillas rodaban pendiente abajo, cada vez más deprisa, y desalojaban otras rocas a su paso. El caballo saltó hacia delante, chillan-

do asustado mientras una lluvia de restos les caía desde arriba. Isabella podía oír el sonido metálico de los cascos del animal, que intentaba mantener la posición, sentía sus grandes músculos hincharse bajo su cuerpo mientras luchaba por mantenerse en pie bajo la lluvia de rocas. Isabella trataba de sujetar las riendas, con los dedos casi entumecidos. ¡No podía permitirse caer de la montura! Sin su yegua no podría sobrevivir al frío y a las manadas de lobos que campaban a sus anchas por la zona. El caballo arqueaba la espalda, con las patas rígidas, y a cada movimiento sacudía a Isabella de tal manera que hasta los dientes le dolían.

Pero fue la desesperación, más que la experiencia, lo que la ayudó a mantenerse en la silla. El viento azotaba su rostro, y arrancaba las lágrimas de las comisuras de sus ojos. Sus cabellos trenzados se sacudían en un frenesí de mechones largos y sedosos que la tormenta inminente había soltado. Isabella azuzó a la yegua con fuerza para que avanzara, tenían que salir de allí. El invierno se acercaba, y con él llegarían tormentas más violentas. Unos días más y sería imposible salvar el estrecho paso.

Temblando, con los dientes castañeteando, Isabella azuzó al caballo para que avanzara por el tortuoso camino. Una vez fuera del paso, por el lado izquierdo la montaña descendía gradualmente hasta una cornisa que parecía inestable y poco sólida. Allá abajo veía rocas dentadas. Sin duda, si la yegua perdía pie, no sobrevivirían a la caída. Isabella se obligó a conservar la calma aunque su bota pasó arañando la pared de piedra. De arriba seguían cayendo pequeñas rocas que rodaban y rebotaban sobre la estrecha cornisa y caían al espacio vacío.

Y fue entonces cuando lo notó, una sensación extrañamente desorientadora, como si la tierra misma reverberara y se retorciera, como si alguna criatura a la que no se debía molestar hubiera despertado al entrar ella en el valle. El viento golpeaba y azotaba su persona con furia renovada, los cristales de hielo le quemaban el rostro y cualquier parte de su cuerpo que estuviera al descubierto. Durante una hora, Isabella avanzó, mientras el viento caía sobre ella desde todas las direcciones. Un viento furioso, perverso, como si su solo objetivo fuera ella. Allá en lo alto, las nubes de tormenta se congregaban en lugar de pasar veloces empujadas por el viento. Sus dedos se cerraron formando puños en

torno a las riendas. Eran tantas ya las tácticas de dilación que había encontrado en su camino... Pequeños incidentes. Accidentes. El sonido de voces que murmuraban temibles palabras al viento. Olores extraños y perniciosos. El aullido de los lobos. Y lo peor de todo, el rugido terrible y distante de una bestia desconocida.

Pero no pensaba volver atrás. No podía volver atrás. No tenía elección. Empezaba a creer en las cosas malas que se decían de aquel hombre. Que era misterioso, esquivo, oscuro y peligroso. Un hombre a quien es mejor evitar. Algunos decían que tenía autoridad para gobernar los mismísimos cielos, que las bestias de la Tierra obraban su voluntad. No importaba. Tenía que llegar hasta él, se pondría a su merced si hacía falta.

El caballo dobló el recodo, y en ese momento Isabella sintió que se quedaba sin aliento. Ya había llegado. Lo había conseguido. El *castello* era real, no una ficción creada por la imaginación de alguien. Y estaba allí, elevándose en la ladera del monte, mitad roca, mitad mármol, un *palazzo* inmenso, sólido, imposiblemente grande y extenso. Bajo la luz del anochecer su aspecto era perverso, con aquellas hileras de temibles ventanas que la miraban como ojos inexpresivos contra el azote del viento. La estructura tenía varias plantas, con largas almenas, torres altas y redondas, y grandes torreones. Isabella podía distinguir los grandes leones de piedra que guardaban las torres, las harpías de piedra con picos afilados posadas en los alerones. Por todas partes unos ojos vacíos pero vigilantes la observaban en silencio.

Su yegua se movía nerviosa, sacudiendo la cabeza, moviendo los ojos con expresión asustada. El corazón de Isabella latía tan fuerte que sonaba como el trueno a sus oídos. Lo había logrado. Y hubiera debido sentirse aliviada, pero no podía contener aquella sensación de pánico cada vez más intensa en su interior. Había logrado un imposible. Estaba en un territorio totalmente agreste, y fuera como fuese, el hombre que vivía allí era tan indómito como la tierra cuyo dominio ostentaba.

Isabella alzó el mentón y se apeó de su montura, sujetándose a la silla para no caer. Tenía los pies entumecidos, las piernas le flaqueaban, se negaban a sostenerla. Durante unos instantes permaneció inmóvil,

respirando hondo, tratando de recuperar las fuerzas. Levantó la vista al *castello*, mordiendo el labio inferior. Ahora que estaba allí, ahora que lo había encontrado, no tenía ni idea de lo que debía hacer. Blancos jirones de niebla flotaban en torno a las columnas del *palazzo* y le daban un aspecto fantasmal. La niebla permanecía inmóvil, como si estuviera anclada allí, a pesar del viento furioso que la golpeaba a ella.

Guió al caballo hasta el *castello* y, tras acercarse tanto como pudo, aseguró las riendas. No podía permitirse perderlo, aquel animal era su única posibilidad de escape. Trató de darle unas palmaditas en el costado, que subía y bajaba por el esfuerzo, pero se sentía las manos torpes y le dolían por el frío.

—Lo hemos logrado —susurró con suavidad—. *Grazie*.

Isabella se arrebujó en la capa y la vestidura pareció engullirla cuando se echó la capucha sobre la cabeza. Avanzó hasta los empinados escalones, tambaleándose bajo el envite perverso del viento. Por alguna razón, esperaba encontrar un *castello* ruinoso, y sin embargo los escalones eran de un mármol sólido y pulido bajo sus pies. Y estaban resbaladizos a causa de las pequeñas partículas de hielo que los cubrían.

Las enormes cabezas de león talladas en los portones resultaban un tanto incongruentes en el agreste paisaje alpino. Los ojos la miraban con fiereza, la melena espesa, las fauces abiertas, mostrando los colmillos. La aldaba estaba en el interior de una boca, y eso obligaba a quien quería llamar a meter la mano entre los colmillos. Isabella respiró hondo y metió la mano con cuidado para no cortarse con las puntas afiladas. Dejó caer la aldaba, y el sonido pareció vibrar por el *palazzo*, mientras el viento seguía azotando las ventanas, furioso porque se había resguardado en la seguridad relativa de las columnas y los contrafuertes. Temblando de frío, con las piernas flaqueando, se apoyó contra la pared y ocultó las manos en la capa. Aquel hombre estaba allí dentro, entre las paredes del *castello*. Sabía que estaba allí. Podía sentir su presencia. Oscura. Peligrosa. Como una bestia que acecha a la espera... Observándola. Isabella podía sentir su mirada, malévol, maliciosa, venenosa. Algo perverso acechaba en las entrañas del *palazzo* y, con su especial sensibilidad, ella lo percibía como un puño en torno a su corazón.

El impulso de darse la vuelta y huir era poderoso. Su instinto de supervivencia le decía que no se apartara de la protección del inmenso *castello*, pero en su interior, todo en ella se rebelaba. No fue capaz de obligarse a volver a llamar a la puerta. Incluso su férrea fuerza de voluntad parecía haberla abandonado y, de hecho, se volvió hacia el exterior, hacia el viento, dispuesta a correr el riesgo. No. Refrenó su díscola imaginación. No pensaba dejarse llevar por el pánico y correr hacia su caballo. En lugar de eso, se aferró al pesado marco de la puerta y clavó las uñas con fuerza para mantenerse firme en su sitio.

El crujido de la puerta la alertó. Suave. Ominoso. Amenazador. Un portento de peligro. Del otro lado, el interior se veía oscuro. Un hombre ataviado de un riguroso negro la miraba con ojos tristes.

—El amo no recibirá a nadie.

Isabella estaba petrificada. Hacía apenas unos instantes, lo único que deseaba era correr hacia su caballo y alejarse de allí lo más rápido posible. Ahora estaba molesta. La tormenta arreciaba y empezaron a caer cortinas de hielo, con tanta fuerza que los pedazos de granizo cubrieron el suelo de blanco casi al instante.

La puerta empezó a cerrarse, pero Isabella plantificó su pie con rapidez en el resquicio. Se metió las manos heladas en los bolsillos y respiró hondo para controlar los temblores.

—Bueno, pues tendrá que cambiar sus planes. Debo verle. No tiene elección.

El sirviente la miraba impasible. No se apartó, ni abrió tampoco la puerta para que pudiera pasar.

Isabella se negaba a apartar la mirada, no pensaba ceder al poderoso impulso que le decía a gritos que huyera mientras estuviera a tiempo. La tormenta estaba en todo su apogeo ahora, y arrojaba hirientes pedazos de hielo que dolían como lanzas incluso bajo la protección de aquella entrada.

—Debo llevar a mi yegua a los establos. Por favor, llevadme allí inmediatamente.

Alzó el mentón y miró al sirviente fijamente.

El criado vaciló, miró fugazmente al interior oscuro, y entonces salió y cerró la puerta a su espalda.

—Debéis abandonar este lugar. Marchaos, ahora. —El hombre hablaba entre susurros, con mirada inquieta, sus manos nudosas temblaban—. Marchaos mientras podáis.

Sus ojos la miraban con desesperación, suplicantes. La voz apenas era un hilo de sonido, apenas se oía en medio del hiriente chirrido del viento.

Isabella supo enseguida que sus palabras eran sinceras, y su corazón vaciló por el miedo. ¿Qué podía haber allí dentro tan terrible para que el hombre le aconsejara que saliera en medio de aquella ventisca y se arriesgara con aquella naturaleza despiadada antes que dejarla entrar? Los ojos que antes la miraban con indiferencia, ahora estaban llenos de temor. Isabella lo estudió por un instante, tratando de dilucidar sus motivos. El hombre tenía una aire digno y sereno, orgulloso, pero podía oler también su miedo. Le salía por los poros como si fuera sudor.

La puerta volvió a abrirse un resquicio, no más. El sirviente se puso rígido. Una anciana asomó su cabeza canosa.

—Betto, el amo dice que puede pasar.

El sirviente se encogió apenas una fracción de segundo, su mano se aferró al marco de la puerta para sostenerlo, pero al punto hizo una reverencia.

—Me ocuparé personalmente de vuestro caballo.

Su voz era neutra, y no parecía inquietarle que su mentira hubiera quedado al descubierto.

Isabella alzó la vista a los elevados muros del *castello*. Aquello era una fortaleza en toda regla, ni más ni menos. Las grandes puertas eran enormes, macizas, pesadas. Alzó el mentón y miró al anciano haciendo un gesto de asentimiento.

—*Grazie tanto* por tomarse tantas molestias.

*Por avisarme*, eran las palabras no pronunciadas que quedaron suspendidas entre ambos.

El hombre arqueó una ceja. Sin duda la joven era una *aristocratica*. Y las *aristocratiche* rara vez reparaban en los sirvientes. Al anciano le sorprendió que ni siquiera lo reprendiera por su mentira. Que entendiera que solo estaba tratando de ayudarla. De salvarla. Hizo una nueva reverencia, vacilando levemente, se volvió hacia la tormenta y cuadró los hombros con resignación.

Entonces cruzó el umbral. Y al momento la sensación de peligro se disparó en su corazón. El denso hedor del peligro impregnaba aquel lugar, como una nube, gris y sombría, tocada por la malicia. Isabella dio un profundo suspiro para serenarse y miró a su alrededor. El vestíbulo era espacioso, y por doquier veía velas destinadas a iluminar ese gran espacio y disipar la oscuridad que había visto desde fuera. Cuando entró, una ráfaga recorrió el corredor y las llamas saltaron en una danza macabra. Un siseo resentido acompañaba al viento. Un siseo audible de reconocimiento. Fuera lo que fuese, reconocía su presencia con la misma certeza con que ella había percibido la suya.

El interior del *castello* estaba inmaculadamente limpio. Los amplios espacios abiertos y los techos altos daban la impresión de estar en una catedral. Una hilera de columnas se elevaba hasta el techo, cada una de ellas decorada con ornamentadas tallas de criaturas aladas. Isabella podía ver sus figuras fantasmagóricas subiendo por las columnas. Aquel lugar era una tentación para los sentidos: la profusión de obras de arte, la imponente estructura..., y sin embargo era una trampa para el incauto. Todo allí era hermoso, pero algún ser sobrenatural la observaba con mirada terrible y un odio malévol.

—Seguidme. El amo desea que se os proporcione una habitación. La tormenta durará varios días. — La mujer le dedicó una sonrisa sincera, pero en sus ojos había cierta preocupación—. Soy Sarina Sincini.

Y permaneció en el mismo lugar un instante, esperando.

Isabella abrió la boca para presentarse, pero de sus labios no brotó ningún sonido. De pronto fue consciente del profundo silencio que reinaba en el inmenso *palazzo*. No se oía crujir de maderas, ni pasos, ni el murmullo de los sirvientes. Era como si el *castello* en pleno estuviera esperando a que pronunciara su nombre en voz alta. No, no revelaría su nombre a aquel espantoso *palazzo* que parecía una personificación viva del mal. De pronto las piernas le cedieron y cayó bruscamente sobre las losas de mármol, próxima a las lágrimas, meciéndose con un oscuro temor que sentía como una piedra en el corazón.

—Oh, *signorina*, debéis de estar tan cansada... — Al punto la *signora* Sincini la rodeó por la cintura con un brazo—. Permitid que os ayude. Puedo llamar a un sirviente para que os lleve en brazos si es necesario.



Isabella meneó la cabeza con rapidez. Su cuerpo se sacudía por el frío y la debilidad debidas al hambre y la dureza del viaje, pero lo cierto es que era la inquietante sensación de que una presencia maligna la observaba lo que la había llenado de pavor y había hecho que sus piernas ya temblorosas cedieran. La sensación era intensa. Miró con atención a su alrededor, tratando de mantener la compostura, aunque lo único que deseaba era echar a correr.

Sin previo aviso, un rugido procedente de algún lugar cercano llenó el silencio. El rugido fue contestado por un segundo rugido, y un tercero. Aquel sonido terrorífico brotaba por todas partes, lejos y cerca. Por un terrible momento, los sonidos se fusionaron y las envolvieron, sacudiendo el mismísimo suelo bajo sus pies. Los sonidos reverberaban por el *palazzo*, llenaban los espacios abovedados, llegaban a los rincones más escondidos. Luego se oyeron una serie de gruñidos roncós. Isabella, que estaba junto a la *signora* Sincini, notó que la anciana mujer se ponía tensa. Casi podía oír el corazón de la sirvienta latiendo al compás del suyo propio.

—Venid, *signorina*, debemos ir a vuestros aposentos.

Y colocó una mano temblorosa sobre el brazo de Isabella para guiarla.

—¿Qué ha sido eso?

Los ojos oscuros de Isabella escudriñaron el rostro de la anciana. Y lo que vieron en ellos fue el mismo miedo que delataba el ligero temblor de sus labios.

La sirvienta trató de encoger los hombros con gesto despreocupado.

—El amo tiene mascotas. No debéis abandonar vuestros aposentos por la noche. Tendré que encerraros dentro por vuestra seguridad.

Ella notaba una sensación de terror cada vez más intensa en su interior, aguda y fuerte, pero se obligó a serenarse. Era una Vernaducci. No cedería al pánico. No huiría. Había ido a aquel lugar con un propósito, lo había arriesgado todo para llegar hasta allí, para ver al esquivo *don*. Y había conseguido aquello en lo que todos los demás habían fracasado. Uno a uno todos los hombres a quienes había enviado habían acabado por regresar, y todos decían lo mismo, que era imposible continuar. Otros habían vuelto sobre la grupa de un caballo, con terribles

heridas como las que infligiría un animal salvaje. Y aun hubo otros que no regresaron. Y cada vez, sus preguntas eran recibidas con negativas silenciosas de la cabeza o con la señal de la cruz. Pero ella había perseverado porque no tenía elección. Y había encontrado la guarida, había entrado en ella. No podía abandonar ahora, no podía permitir que el miedo la venciera en el último momento. Tenía que conseguirlo. No podía fallarle a su hermano, su vida estaba en juego.

—Debo hablar con él esta noche. Se me acaba el tiempo. He tardado mucho más de lo que esperaba en llegar a este lugar. De veras, he de verle, y si no me voy en breve, el paso quedará cerrado y ya no podré salir. He de partir inmediatamente —explicó Isabella con su tono más autoritario.

—*Signorina*, debéis comprender. Ahora no es seguro. Ha caído la noche. No hay ningún lugar seguro fuera de estos muros.

La profunda compasión que Isabella vio en los ojos apagados de la mujer solo sirvió para incrementar su pánico. La sirvienta sabía cosas que ella desconocía y era obvio que temía por su seguridad.

—No podéis hacer nada, salvo poneros cómoda. Estáis temblando de frío. Hay un fuego encendido en vuestros aposentos, os están preparando un baño caliente, y enseguida mandarán algo de comer desde la cocina. El amo desea que os sintáis a gusto.

Su voz era persuasiva.

—¿Estará segura mi yegua?

Sin el animal, no tenía esperanza de salvar los accidentados kilómetros que separaban el *palazzo* de la civilización. Los rugidos que había oído no eran los de un lobo; fuera lo que fuese parecía temible, hambriento, y sin duda tenía afilados dientes. A Isabella su hermano le había regalado la yegua por su décimo aniversario. La idea de que unas bestias salvajes la devoraran le resultaba espantosa.

—He de comprobarlo.

Sarina negó con la cabeza.

—No, *signorina*, debéis permanecer en vuestros aposentos. Si el amo lo dice, debéis obedecer. Es por vuestra seguridad. —Esta vez había una clara nota de advertencia en la dulce voz de la anciana—. Betto se ocupará de vuestro caballo.

Isabella alzó el mentón desafiante, pero intuyó que en este caso el silencio sería más efectivo que las palabras furiosas. «Amo.» Ella no tenía amo, jamás lo tendría. La idea le resultaba casi tan abominable como la atmósfera tenebrosa que impregnaba el *palazzo*. Sujutando la capa con fuerza alrededor de su cuerpo, siguió a la anciana por una maraña de amplios corredores y después por una escalera de caracol de mármol, donde encontró una multitud de retratos que la observaban. Mientras avanzaba por el *palazzo*, Isabella no dejó de sentir el espeluznante peso de todos aquellos ojos que la observaban y seguían sus pasos. El edificio era hermoso, más que nada que hubiera visto en su vida, pero era una belleza glacial, y la dejaba fría. Mirara a donde mirase, veía tallas de enormes gatos con melena, con dientes afilados y ojos feroces. Grandes bestias con una mata de pelo en torno a sus cuellos y sobre el lomo. Algunos tenían grandes alas palmeadas extendidas para levantar el vuelo. Por todas partes había repartidos pequeños iconos y grandes esculturas de tales criaturas. En una pequeña hornacina, situada en una de las paredes, había un altar con docenas de velas encendidas ante un león de aspecto muy fiero.

Un pensamiento repentino la hizo estremecerse. Los rugidos que había oído bien podían ser de leones. Jamás había visto un león, pero ciertamente había oído hablar de aquellas legendarias bestias, que ostentaban el honor de haber despedazado a multitud de cristianos para divertimento de los romanos. ¿Adoraba la gente que vivía en aquel terrible lugar a esa bestia? ¿Al demonio? Se decían muchas cosas de aquel hombre. Se santiguó con disimulo para protegerse del mal, que parecía emanar de las mismísimas paredes.

Sarina se detuvo junto a una puerta, la abrió y se apartó a un lado para indicarle que pasara. Tras mirar a la sirvienta casi como si necesitara que la tranquilizara, Isabella entró. Era una estancia grande, y la chimenea crepitaba con el rumor del calor de las llamas rojas y amarillas. Estaba demasiado cansada y agotada, así que el único sonido que brotó de su boca ante la belleza de las vidrieras y los muebles tallados fue apenas un murmullo. Incluso el inmenso lecho con la gruesa colcha tan solo penetró los límites de su conciencia. Había invertido hasta su

última gota de coraje y de fuerza en llegar hasta allí, en ver al esquivo *don Nicolai DeMarco*.

—¿Estáis segura de que no me recibirá esta noche? —preguntó—. Por favor, si pudierais hacerle saber de la urgencia de mi visita. Estoy segura de que cambiaría de opinión. ¿Podrías intentarlo?

Se quitó sus guantes revestidos de piel y los arrojó al interior del ornamentado guardarropa.

—Solo por el hecho de que hayáis venido a este lugar prohibido el amo sabe que lo que buscáis es de gran importancia para vos. Pero debéis entender que no es de importancia para él. Él tiene sus propios problemas.

La voz de Sarina era suave, incluso amable. Hizo ademán de salir de la habitación, pero se volvió de nuevo. Miró a su alrededor, miró al corredor, volvió a mirar a Isabella.

—Sois muy joven. ¿Nadie os ha advertido sobre este lugar? ¿Nadie os avisó para que no os acercarais? —Su voz amable tenía un tono de reprobación, suave, pero aun así firme—. ¿Dónde están vuestros padres, *piccola*?

Isabella cruzó la habitación, evitando mirar a la mujer, temiendo que aquel tono comprensivo la hiciera venirse abajo. En aquellos momentos habría querido desplomarse en un montón patético y llorar la pérdida de su familia, llorar por la terrible carga que había recaído sobre sus frágiles hombros. Pero en vez de eso, se aferró a uno de los postes bellamente tallados de la cama gigante, con tanta fuerza que los dedos se le pusieron blancos.

—Mis padres murieron hace mucho, *signora*. —Su voz era tensa, inexpresiva, pero la mano que aferraba el poste apretó con más fuerza—. He de hablar con él. Por favor, si tenéis manera de hacerle llegar el mensaje, es muy urgente, y mi tiempo se acaba.

La sirvienta volvió a entrar en la habitación, y cerró la puerta con firmeza a su espalda. Al instante, la atmósfera densa, cargada y terrible que reinaba en el *palazzo* pareció desaparecer. Isabella descubrió que respiraba mejor, y la presión que sentía en el pecho se aligeró. Un extraño aroma emanaba del agua caliente del baño que le habían preparado, una fragancia floral, fresca y limpia que le era desconocida. As-

piró con fuerza y se sintió agradecida por la taza de té que la sirvienta puso en su mano temblorosa.

—Debéis beberlo enseguida —la animó Sarina—. Os habéis enfriado mucho. Os ayudará a entrar en calor. Bebed hasta la última gota... buena chica.

El té la ayudó a calentarse, pero ella tenía la sensación de que jamás volvería a sentir calor por dentro. Temblaba incontrolablemente. Miró a Sarina.

—De veras, puedo controlarlo. No deseo que tengáis problemas por mi causa. La habitación es preciosa y tengo todo cuanto pudiera desear. Por cierto, soy Isabella Vernaducci.

La cama parecía confortable, el fuego alegre y reconfortante. A pesar del aspecto atrayente del agua humeante del baño, Isabella tenía intención de tirarse en el lecho, completamente vestida, y dormir. Por más que intentaba mantenerse despierta, los ojos se le cerraban.

—El amo querría que os ayude. Estáis desfallecida de agotamiento. Si mi hija estuviera lejos, me gustaría que alguien la ayudara. Por favor, permitidme el honor de ayudaros. —Sarina ya le estaba quitando la capa de encima de los hombros—. Venid, *signorina*, el baño está caliente; entraréis en calor más deprisa. Aún estáis temblando.

—Estoy tan cansada. —Las palabras brotaron antes de que pudiera detenerlas—. Solo quiero dormir.

Sonaba joven e indefensa, incluso a sus propios oídos.

Sarina la ayudó a desvestirse y la animó a entrar en el baño caliente. Mientras se deslizaba en el interior de la bañera humeante, la sirvienta desató sus trenzas sedosas y soltó los cabellos de la joven. Con delicadeza, masajeó su cuero cabelludo, frotando el jabón casero que olía a flores. Poco a poco, conforme el calor del agua penetraba en sus huesos, los terribles temblores empezaron a remitir.

Isabella estaba tan cansada que sintió que se dormía mientras la sirvienta le aclaraba los cabellos y la envolvía en un grueso albornoz. Caminó tambaleante hasta el lecho, como en sueños, consciente solo a medias de cuanto la rodeaba. La presencia de Sarina ocupada con los enredos de sus cabellos y alisando las largas trenzas, y volviendo después a trenzar aquella espesa mata mientras ella yacía tranquila era re-

confortante y le traía reminiscencias de sus tiempos de niña, de su madre. Sus largas pestañas cayeron, y quedó tendida e inmóvil en el lecho, mientras el albornoz que envolvía su cuerpo desnudo absorbía el exceso de humedad del baño.

El sonido de alguien que llamaba a la puerta no la hizo reaccionar. Ni tampoco el olor a comida. Isabella solo quería dormir, y era tal su agotamiento que disipó por completo sus miedos y preocupaciones. Sarina musitó unas palabras, pero Isabella no pudo entenderlas. Ella solo quería dormir. La comida fue retirada, y siguió dormitando, arropada por la belleza de la estancia, el reconfortante chisporroteo del fuego, por la sensación de bienestar que le proporcionaban las manos de Sarina en sus cabellos.

Desde muy lejos, aislada en aquella ensoñación, oyó que Sarina daba un respingo. Trató de abrir los ojos y consiguió mirar bajo sus párpados entornados. En la habitación las sombras se habían alargado de forma alarmante. Las hileras de velas de las paredes se habían apagado, y las llamas de la chimenea se habían extinguido, convirtiendo los rincones de la estancia en un lugar oscuro y desconocido. En uno de esos rincones distinguió la figura en sombras de un hombre. Al menos eso le parecía.

Era alto, de hombros anchos, con cabellos largos y mirada intensa. Las llamas del fuego parecían de un rojo anaranjado en sus ojos ardientes. Ella podía sentir el peso de aquella mirada sobre las zonas expuestas de su cuerpo. Sus cabellos eran extraños, de un tono rojizo que se convertía en negro al caer sobre los hombros y la espalda ancha. El hombre la observaba desde las sombras, medio escondido, así que no podía verlo bien. Una sombra para sus sueños. Entonces pestañeó tratando de enfocararlo, pero le resultaba demasiado difícil salir de aquel estado de duermevela. Su cuerpo le pesaba como el plomo y ni siquiera fue capaz de reunir la fuerza para ocultar el brazo desnudo bajo el albornoz. Mientras yacía de esta guisa, tratando de ver con claridad la figura en sombras, su visión se emborronó y por un momento las largas manos del hombre se le antojaron garras, y la gran mole de su cuerpo se movió con una gracia no del todo humana.

Isabella se sentía expuesta, vulnerable, pero por más que lo intentaba, no podía levantarse. Yacía boca abajo sobre el lecho, mirando aprensivamente al rincón oscuro, mientras su corazón latía dolorosamente fuerte.

—Es mucho más joven de lo que pensaba. Y mucho más hermosa.

Las palabras fueron pronunciadas en voz baja, como si quien las decía estuviera meditando en voz alta y no hablara para nadie. Era una voz profunda y ronca, una mezcla de seducción y autoridad, una suerte de gruñido gutural que casi hizo que se le parara el corazón.

—Tiene mucho valor.

La voz de Sarina venía del otro lado del lecho, muy cerca, como si estuviera allí protegiéndola, pero ella no se atrevió a comprobarlo, pues temía apartar la mirada de la oscura figura que la observaba con aquella intensidad. Como un predador. Un gran felino. ¿Un león? Se estaba dejando llevar por la imaginación, mezclando los sueños con la realidad, y no habría sabido decir si lo que estaba viendo era real o no. Si es que había algo de real en aquel hombre.

—Ha sido una locura que viniera hasta aquí.

El tono hiriente de la voz le dolió.

Isabella trató de obligar a su cuerpo a moverse, pero era imposible. Y se le ocurrió que tal vez habían puesto algo en el té, o quizás en el agua perfumada del baño. Aquello era una agonía, y sin embargo, se sentía adormecida, inmune al miedo, desconectada, como si todo aquello le estuviera pasando a otra persona.

—Hace falta mucho valor y fortaleza. Ha venido sola —señaló Sarina con afabilidad—. Quizás ha sido una locura, pero ha sido valiente, y es un milagro que haya logrado semejante proeza.

—Sé lo que pensáis, Sarina. —Un hastío peculiar teñía la voz del hombre—. No existen los milagros. Lo sé bien. Mejor no creer en esas tonterías.

Se acercó a Isabella y su sombra cayó sobre ella, engulléndola por completo. Ella no le veía el rostro, pero sus manos eran grandes e increíblemente fuertes cuando la cogió en brazos.

Durante un terrible momento, Isabella contempló las manos que la aferraban con facilidad. Como grandes garras con uñas afiladas como

cuchillas un instante, y manos humanas al siguiente. No hubiera sabido decir cuál de las dos imágenes era una ilusión; si todo aquello, si aquel hombre era real o tan solo una pesadilla. Su cabeza colgaba hacia atrás, pero no fue capaz de levantar las pestañas lo suficiente para verle la cara. Se limitó a yacer indefensa en sus brazos mientras su corazón latía con violencia. El hombre la colocó bajo las colchas, con el albornoz puesto, con movimientos seguros y eficientes.

Colocó su palma contra el lado de su rostro y acarició su piel suavemente con el pulgar.

—Qué suave —musitó él para sí.

Sus dedos se deslizaron bajo el mentón de Isabella para apartar la gruesa mata de pelo de su cuello. En aquellos dedos había un calor inesperado, pequeñas llamas que parecieron encender la sangre que corría por sus venas e hicieron que su cuerpo experimentara un calor, un dolor, un algo desconocido.

Los extraños ruidos volvieron entonces, y el *castello* entero pareció reverberar con aquellos espantosos sonidos.

—Esta noche están inquietos —comentó Sarina.

Su mano se cerró con más fuerza en torno a la de la joven. Y sin duda esta vez su actitud era protectora.

—Perciben una perturbación y eso les hace mostrarse inquietos y por tanto peligrosos. Tened cuidado esta noche, Sarina. —La advertencia del hombre era directa—. Intentaré tranquilizarlos.

Con un suspiro, la figura en sombras se volvió bruscamente y salió de la estancia. En silencio. No hubo susurro de vestiduras, ni sonido de pisadas, nada.

Isabella notó que Sarina volvía a tocar su mano, que arreglaba la colcha, y entonces se durmió. Soñó con un león que la acechaba implacablemente, siguiendo sus pasos con sus zarpas grandes y silenciosas mientras ella corría por un laberinto de pasillos largos y amplios. Y mientras, desde lo alto, la observaban en silencio harpías aladas, con picos afilados y curvos y ojos ávidos.

Los sonidos penetraban sus extraños sueños. Arrastrar de cadenas. Un lamento. Gritos en la noche. Inquieta, Isabella se arrebujó más entre las colchas. El fuego había quedado reducido a unas ascuas



anaranjadas y brillantes. Y en la oscuridad de la habitación solo podía distinguir aquellos puntos de luz. Entonces se quedó contemplando los colores cuando alguna ráfaga ocasional de aire insuflaba vida a las pequeñas llamas. Tardó unos minutos en darse cuenta de que no estaba sola.

Se dio la vuelta para mirar a la figura en sombras que estaba sentada en el borde de la cama. Conforme sus ojos se adaptaban a la oscuridad, vio que se trataba de una joven que se mecía adelante y atrás, con sus largos cabellos sueltos sobre el cuerpo. Vestía con sencillez pero elegancia; era evidente que no pertenecía al servicio. En la oscuridad, su vestido parecía de un color inusual, de un intenso azul con un extraño dibujo que ella no había visto jamás. Al notar que se movía, la joven se volvió y la miró con una sonrisa serena.

—Hola. Pensé que no os levantaríais. Y quería veros.

Isabella trató de disipar la bruma que la envolvía. Miró a su alrededor con atención, tratando de encontrar al hombre de las sombras. ¿Había sido un sueño? No lo sabía. Aún podía sentir el roce de sus dedos contra su piel. Se llevó la mano al cuello para recuperar la sensación de aquellos dedos.

—Soy Francesca —dijo la joven con tono altivo—. No debéis tener miedo de mí. Sé que seremos buenas amigas.

Isabella trató de incorporarse. Pero su cuerpo no quiso colaborar.

—Creo que había algo en el té —dijo en voz alta, calibrando esa posibilidad.

Una risa cantarina escapó de la boca sonriente de la joven.

—Bueno, desde luego. El *don* no podía permitir que anduvierais corriendo arriba y abajo por el *palazzo* y descubrierais secretos largamente guardados.

Isabella trataba de luchar contra el sopor, decidida a vencer la sensación persistente de sueño. Consiguió incorporarse en posición de sentada, aferrando el albornoz para que no se escurriera, consciente de pronto de que no tenía ropas que ponerse. Ya se preocuparía por eso después. Ahora lo que importaba es que estaba limpia y caliente y a salvo de la tormenta. Y había llegado a su destino.

—¿Hay secretos aquí?

En ese instante las cadenas volvieron a sonar, como si estuvieran contestando a su pregunta, los aullidos se hicieron más agudos, y de algún lugar lejano llegó un gruñido grave y apagado. Isabella se protegió con las colchas.

La joven rió con ganas.

—Es un secreto cómo he logrado entrar en vuestros aposentos aunque la puerta está cerrada con llave. Aquí hay muchos, muchos secretos, y todos deliciosamente perversos. ¿Habéis venido a casaros con Nicolai?

Los ojos de Isabella se abrieron desmesuradamente, y se apretó el pesado albornoz con más fuerza alrededor del cuerpo.

—¡No, por supuesto que no! ¿De dónde habéis sacado semejante idea?

Francesca dejó escapar otra risa cantarina.

—Todo el mundo lo comenta, lo susurra por los pasillos, en las habitaciones. El *palazzo* en pleno especula sobre ello. Fue tan divertido cuando supimos que os habíais puesto en camino... Por supuesto, los demás apostaron a que no podríais sobrevivir al viaje, o que volveríais atrás. ¡Pero yo esperaba que lo conseguirais!

La boca de Isabella temblaba, y se mordió el labio inferior.

—¿El *don* del *palazzo* sabía que yo venía y no envió ninguna escolta a mi encuentro? —Lo cierto es que podían haberla matado—. ¿Cómo es posible que lo supieran?

La mujer se encogió de hombros con indiferencia.

—Tiene espías por todas partes. Hace tiempo que sabe que queríais una audiencia con él. Nunca recibe a nadie a quien no desee recibir.

Isabella estudió a la joven. Tendría más o menos su edad y sin embargo parecía infantil y traviesa. A pesar de las circunstancias, Isabella se descubrió sonriendo. Había algo contagioso en la sonrisa picante de Francesca.

—¿Qué son esos sonidos espantosos?

Los sonidos no parecían preocupar a Francesca, y eso la tranquilizó un tanto.

La mujer volvió a reír.

—Ya os acostumbraréis. —Hizo rodar los ojos—. Es una tontería en realidad. A veces dura horas. —Francesca se inclinó hacia delante—.

¿Cómo llegasteis hasta aquí? Nadie puede venir sin una invitación y una escolta. Todos nos morimos por saber cómo lo habéis logrado. — Bajó la voz —. ¿Utilizasteis alguna suerte de conjuro? Yo conozco algunos, pero ninguno lo bastante fuerte para proteger a nadie de los peligros de este valle. ¿Os costó mucho salvar el paso? Todos dicen que lo hicisteis sola. ¿Es eso cierto? — preguntó Francesca, disparando las preguntas una detrás de otra.

Isabella escogió sus palabras con tiento. No sabía nada de aquella gente, no sabía si seguían los dictados de la Santa Iglesia o adoraban al diablo. Pero no era buena señal que Francesca utilizara conjuros, y mucho menos que lo admitiera abiertamente. Ella casi esperaba que cayera un rayo desde el cielo.

— Logré salvar el paso — admitió.

Tenía la boca seca. Junto a la cama había una jarra ornamentada llena de agua, con un vaso acanalado y alargado. Miró el agua, temiendo que contuviera alguna sustancia que la hiciera dormir otra vez. Sus dedos retorcieron la colcha. Pensó detenidamente en su travesía, en las dificultades, en cómo se había sentido cuando lograba superar cada obstáculo.

— Ha sido emocionante y a la vez inquietante — contestó con sinceridad.

Ahora que sabía que el *don* había sabido en todo momento de sus pasos, se sentía más orgullosa aún por haber logrado lo que tantos otros no habían conseguido hacer.

Francesca botó sobre el lecho, riendo con suavidad.

— Oh, eso sí que tiene gracia. Esperad a que los otros lo sepan. «Emocionante», decís. ¡Es perfecto!

A pesar de lo extraño de la conversación, Isabella se descubrió sonriendo. La risa de Francesca era contagiosa.

En ese momento, un rugido feroz sacudió el *palazzo*. Acompañado por un grito espantoso y agudo de agonía, que resonó por el vasto *castello*, llegando a las bóvedas más altas y las mazmorras y cavernas más escondidas. Isabella sujetó el albornoz con fuerza contra su cuerpo, mirando con terror hacia la puerta cerrada. El grito se interrumpió de golpe, pero siguió un jaleo espantoso. Se oían bramidos de bestias sal-

vajes procedentes de todas direcciones, y ella se tapó los oídos para no oír aquello. Su corazón latía tan fuerte que sonaba como el trueno, y el sonido se mezclaba en su cabeza con aquel caos de rugidos. Volvió la cabeza hacia Francesca.

Se había ido. La cama estaba lisa, en la colcha no había ni tan solo una ligera arruga en el lugar donde había estado sentada. Miró desconcertada, escrutando cada rincón, tratando desesperadamente de penetrar la oscuridad. Y, tan repentinamente como habían empezado, los ruidos cesaron y quedó solo el silencio. Ella permaneció muy quieta. Le daba miedo moverse.